

La diplomacia egipcia en la época de Tell-el-Amarna

El período de Tell-el-Amarna es una época de la historia egipcia en que alcanzado ya el máximo de poder material y político de Egipto, el faraón realiza la unidad religiosa y política en su vasto imperio y trata de libertarse asimismo de la influencia avasalladora de los sacerdotes de Amón. Reacción política y económica en el fondo, bajo la forma de una evolución religiosa.

Este acontecimiento se produjo durante el reinado de Amenófis IV y duró casi veinte años, de 1390 al 1370 A. de C., tomando también el gobierno de sus sucesores: Saakara, Tutankamón y Ag.

El contacto con los pueblos orientales de Asia Menor, Mesopotamia y Siria: relaciones de intercambio comercial, de amistad y políticas, influenciaron necesariamente el espíritu de los faraones, inspirándoles una política más amplia y una religión menos rigurosamente tradicionalista; en esto influyeron profundamente las relaciones de amistad y parentesco que unía a los faraones con soberanos del Mitani, de Babilonia y de Siria, cuyas diferencias de religión les inspiró naturalmente, tolerancia en pro de sus relaciones políticas.

Pero la tradición tenía celos guardadores entre el clero egipcio, del que se destacaba el dios Amón y cuya influencia política iba a la par de su preponderancia religiosa; ellos vieron un serio peligro en este

abandono de la tradición y se empuñó desde entonces una desesperada lucha por el poder entre el clero y el rey.

Esta ruptura que repercutiría tan hondamente en toda la vida religiosa, social y artística del imperio se inicia ya con las alianzas mitanis. La fuerte tradición que sustentaba la pureza de la sangre solar cedió ante las exigencias políticas, al mismo tiempo que se nota marcada frialdad por la religión, y ya a partir de Tutmés IV, que subió al trono por un milagro de la Esfinge que representa a Ra-Harmakhis hay cierta tendencia regresiva al culto de los dioses del imperio antiguo. Las campañas militares les ponían en continuo roce con soberanos del Asia Anterior y príncipes sirios, entre cuyos dioses figuraba el sol. Ya en tiempos de Amenófis III se reverencia al sol, no como Amón-Ra sino como el astro luminoso, Ra-Harakhti en su forma de Disco «Atón», lo que recuerda al antiguo dios de Biblos, Adonai, que aparece ya en la leyenda osiriana.

Amenofis IV sube al trono y desde sus comienzos surge la nueva doctrina, en que el disco solar Atón será el verdadero nombre y forma de Ra. El nuevo símbolo describía al sol como un disco del cual divergían rayos hacia abajo, cada uno terminaba en una mano.

Era un símbolo de poderío surgiendo un poder, alzándose de su celestial fuente y poniendo su mano

protectora sobre el mundo y los asuntos de los hombres.

En el año IV de su reinado, la separación del antiguo culto fué radical. Tebas fué abandonada por la corte, en provecho de una nueva ciudad: Ikhataton situada entre Tebas y Menfis, a la derecha del Nilo, lo que los árabes llaman Tell-el-Amarna.

La nueva capital creció en magnificencia y esplendor. El rey trataba de imponer su doctrina y personalmente la enseñaba a sus servidores. Cambió su nombre por el de Ikhataton, y también el de los demás miembros de su familia, dándoles nombres alusivos a la nueva divinidad. Este movimiento antiamónico tomó los caracteres de una persecución religiosa; los sacerdotes de Amón fueron desposeídos y los bienes del dios pasaron a ser administrados por el rey, en su calidad de primer profeta de Atón.

Esta transformación tan radical fué más bien una necesidad; favorecía el imperialismo egipcio porque el lazo religioso daba mayor estabilidad al imperio.

Esta tentativa monoteísta era un intento de unificación política en el exterior y en el interior, una suprema tentativa del rey para liberarse del poder sacerdotal, cuya omnipotencia y riqueza eran una constante amenaza para su soberanía.

Pocos años más tarde el clero triunfó a su vez, y el culto de Amón fué repuesto en todo su esplendor. Ikhataton fué abandonada, abolido y perseguido el culto de Aton y execrada la memoria de sus reyes. La posteridad ha devuelto su importancia a Ikhataton, sobre todo cuando se descubrieron, en 1887, los Archivos del Departamento de Negocios Extranjeros

faraónico. Eran cerca de trescientos ladrillos escritos en caracteres cuneiformes.

Allí había cartas dirigidas a Amenofis III y a Amenofis IV, por los reyes de Babilonia, Alasia, Mitani, Hatti y príncipes de Siria y Palestina como también algunas respuestas de los faraones y gobernadores egipcios.

Que todos estos documentos, de países de diferentes lenguas, hayan estado escritos en cuneiforme, nos prueba que existía entonces una lengua diplomática, el babilonio, usada en todo el oriente civilizado.

Recientemente se han descubierto otras correspondencias diplomáticas y administrativas en Canaán, Taanach y Boghaz-Keui, la capital del imperio hitita. En esos archivos también aparecen los documentos escritos en cuneiforme. Examinando estos diferentes archivos vemos que se completan y reunidos nos dan a conocer y nos permiten juzgar con mayor veracidad los hechos que, en inscripciones de tumbas y monumentos, nos ha legado la historia oficial de aquella época; en cada uno de los países de nuestro estudio.

Para analizar estos textos se les divide en dos partes: una que estudia la correspondencia de los grandes reinos de la época: Mitani, Babilonia, Hatti y Alasia, que estaban bajo el protectorado de Egipto, y los documentos que se refieren a las provincias asiáticas—en Siria y Palestina—sometidas directamente al faraón.

Estas cartas nos revelan la existencia ya tradicional de un «lenguaje diplomático», que ha llegado en uso hasta nuestros días, y las variadas fórmulas protocolares nos dan una idea del grado de amistad,

dependencia o dominio de estas naciones frente al faraón.

Tanto la correspondencia de Amarna como la de Boghaz-Keui revelan un internacionalismo cuya extensión no se puede precisar exactamente.

Las grandes potencias se comunicaban frecuentemente; se encomendaban mutuamente a la protección de sus dioses y se daban el dictado de «hermanos», cambiaban presentes y fraternizaban cordialmente, ya sea felicitando al nuevo rey que ascendía al trono ó lamentando su fallecimiento. Cada carta debía ir acompañada de un obsequio, que a veces era solicitado osadamente. Como los reyes orientales eran muy entendidos en cuestiones comerciales, hacían tasar minuciosamente la calidad de los regalos y no tenían reparo en quejarse a su «hermano» de la inferioridad del obsequio.

La política, hábilmente manejada, tenía como principal apoyo la elaboración de alianzas, tanto ofensivas como defensivas; daban sus hijas en matrimonio, pero cuidaban de asegurar su posición e intereses, exigiendo en cambio, mucho oro. También eran muy susceptibles y celosos de su dignidad, se quejaban amargamente si la escolta dada a sus hijas o embajadores era inferior o no correspondía a su elevada posición. Se informaban atentamente del tratado a los mensajeros y como los caminos de Siria eran inseguros, cuidaban de que se escoltara convenientemente las caravanas. Las propiedades mágicas inherentes a los dioses hacía que también con frecuencia cambiaran la cortesía de enviar sus efigies, ya sea para curar una enfermedad o alejar un peligro a su corresponsal, asimismo se enviaban médicos famosos si se

trataba de una enfermedad rebelde.

Respecto a las provincias asiáticas, el faraón mantenía correspondencia directa con sus gobernantes; había una especie de formulario especial al que se ceñían, tanto estos jefes como el faraón. Por una parte abundaba en protestas de humildad, servidumbre y rendida adhesión al rey. Generalmente daban cuenta de su administración, del envío del tributo y situación de su estado; cuando había una novedad la ponían con todos sus pormenores.

El faraón por su parte les recomendaba enfáticamente que se comportaran como súbditos fieles y diligentes, les recomendaba el exacto cumplimiento de sus deberes, de lo contrario, él, que es poderoso y omnipotente, hará caer el castigo.

Podemos hablar con propiedad de una Edad o Período de El-Amarna, como de algo bien definido, dada la importancia de la época que abarca su correspondencia, cuyas piezas datan de los últimos años del reinado de Amenofis III y el de uno de sus sucesores a lo menos. Describen las profundas disensiones en Siria no como antes entre los príncipes rivales, sino entre las facciones nacionalistas anti-egipcias y los leales al Imperio. Los hermanos eran rivales muchas veces; por otra parte, los jefes eran inconstantes, se denunciaban unos a otros, exageraban hoy su lealtad para cambiar de bando mañana. A veces las mismas cartas son de incierta continuación y difíciles de interpretar, o bien no están fechadas, por lo que es muy difícil al historiador moderno precisar el curso de los acontecimientos. Aun para el mismo Egipto, donde los jefes tenían sus intrigantes, debió ser un arduo trabajo dilucidar ante

las opiniones y testimonios divergentes la veracidad de los hechos.

En esta época Egipto había llegado a ser el centro del mundo civilizado. Los límites tradicionales desaparecieron y la frontera iba del Alto Egipto hasta el Eufrates. Asiria estaba en formación y Babilonia no tenía influencia política.

La obra de engrandecimiento fué comenzada por Ahmes I (1580-1557 A. de C.), quien llevó a cabo la expulsión de los hicsós y fué el fundador de la XVIII dinastía. Su sucesor Amenofis I inició verdaderamente la expansión egipcia. En una campaña Nubia extendió sus fronteras más allá de la segunda catarata.

El Delta, abierto a las invasiones, estaba débilmente protegido y amenazado por los Libios, y hacia ellos dirigió también su ejército.

Probablemente sus armas llegaron por el Asia hasta el Eufrates, pero no hay documentos de sus guerras sirias. Su sucesor fué Tutmósis I, que atendió preferentemente a Nubia. De sus campañas en Asia se conoce muy poco, parece que no les dió gran importancia y se dedicó de lleno a la obra reorganización del Egipto. Su sucesión quedó envuelta en el misterio y le continuaron Tutmosis II, la reina Hatshepsut y Tutmosis III.

El reinado de Hatshepsut fué pacífico, pero Tutmosis III, se vió obligado a emprender nuevas campañas a Asiria y al Asia anterior para consolidar su imperio, amenazado por los príncipes aliados de Asiria y el de Mitani. En la batalla de Mageddo derrotó a sus enemigos dirigidos por el rey de Kadechs y conquistó abundante botín.

Varias campañas victoriosas sometieron Siria, Kadeshs, Fenicia, Asiria, Mitani y el reino del Gran

Kheta. Por otra parte, la flota era fuerte y activó el comercio; el poder egipcio se ejerció aun en las islas del Egeo.

El Imperio se enriqueció y en las ciudades se erigieron magníficos templos y monumentos. Durante un siglo, de 1460-1360, se mantuvo la hegemonía en el mundo oriental debido a las campañas de Tutmes III. Palestina, Celesiria y parte de Naharina constituían una provincia estrechamente ligada a la Metrópoli y durante ese tiempo casi no hubo necesidad de intervención armada.

A su muerte, los dinastas de Asia creyeron llegada la ocasión de sacudir el yugo egipcio, pero el joven Faraón Amenofis II, venció fácilmente a los príncipes del Líbano y llegó con sus tropas hasta el Mitani.

Tutmes IV, va también a Mitani para casarse con la hija del rey, que fué en Egipto la reina Mutemnia. Este soberano inaugura la política de alianzas; la primera con Artatama, rey del Mitani, para precaverse de un enemigo común, el hetita. Por este compromiso Egipto no intentaría conquistas violentas en Mesopotamia, e igual tratado firmó con Babilonia.

Amenofis III fué su sucesor (1415-1380). Una campaña victoriosa a Nubia dió comienzo a la egipcianización de esas tribus, pues, la Religión y civilización egipcias eran generalmente aceptadas entre ellas.

Hizo frecuentes viajes a las provincias asiáticas, y bajo su reinado y primeros años del de su sucesor el Imperio vivió una época de esplendor y poderío. En Asia la influencia de Amenofis III era reconocida, y aun en la Corte de Babilonia, antiguos dueños del país,

se consideraba Asiria-Palestina, el Canaán, como dominio egipcio; así lo hacía más tarde el rey Burnaburiash a Amenofis IV, y cuando los dinastas sirios quisieron buscar la alianza babilónica contra el Egipto, su rey les manifestó que él era aliado del Egipto y como tal, los enemigos del Faraón serían también suyos. Todos los países de alguna importancia: Babilonia, Asiria, Mitani y Alasia trataban de ganarse la alianza egipcia.

En el Egipto mismo, durante su reinado, hay un extraordinario esplendor en las artes y en la vida cortesanas. Tebas fué embellecida con templos y monumentos en Karnac y Luksor. El rey contrajo matrimonio con una siria de oscuro origen, pero que tuvo una influencia decisiva en la dirección del Estado. La paz del exterior parecía duradera y nada hacía presagiar el próximo derrumbamiento del Imperio.

El Gran Faraón murió en edad muy avanzada, dejando seriamente comprometida la posesión de las provincias asiáticas, y Amenofis IV su sucesor, en vez de atender con todas sus fuerzas a este peligro, se preocupó más bien del pensamiento dominante y la Reforma religiosa absorbió toda su atención.

Las provincias egipcias de Asia, fueron conquistadas tras numerosas campañas por Tutmés III. Con Amenofis III, la dominación egipcia se hizo muy benigna; tal vez él deseó establecer, por medio de la comunidad de intereses políticos y comerciales, un vínculo más estrecho entre la Metrópoli y las provincias, pues, esa región que comprendía a Asiria y Palestina, dominando todo el camino comercial y militar de Asia hacia Africa, tenía una enorme impor-

tancia estratégica para el Egipto.

Aunque su soberanía era plenamente reconocida, el Faraón no ejercía su poder directamente sino que utilizaba las organizaciones políticas y administrativas halladas en el país.

En algunas partes, las cartas mencionan unos jefes de ciudades o Khazanis, como en Sidón, Tiro, Biblos y Sefela. Estos jefes no son egipcios sino naturales del país. Otras ciudades como Arad se gobernaban por un «Consejo de Notables»: son pequeñas repúblicas; los faraones utilizaban las mismas organizaciones locales, cuidando sólo de egipcianizarlas. Los hijos de los dinastas eran educados en Egipto y volvían a su país cuando les era llegada la ocasión de gobernar; así se aseguraban la lealtad de sus gobernantes, que por otra parte denunciaban pronto todo intento de rebelión; gozaban de completa libertad para administrar el país; eran sus dueños y tenían tropas indígenas para mantener el orden interior y asegurar el libre tránsito de caravanas y navíos.

En algunos puntos estratégicos, a lo largo de todo el país, había guarniciones egipcias, compuestas no solo de egipcios, sino también de mercenarios, bandas de shardanas y nubios que se enrolaban en gran número. Su mantenimiento y aprovisionamiento corría a cargo de los dinastas, como también el de los instructores egipcios, mensajeros y embajadores reales.

Debían, además, pagar tributo anual, según la producción de cada región, consistente ya sea en animales domésticos, productos del país, maderas, metales, productos manufacturados, utensilios, joyas, esencias, esclavos, obreros, etc., que eran embarcados en los puer-

tos de Fenicia, provenientes de las ciudades del Kharu, Zahi y Líbano.

Las relaciones del Faraón con estas ciudades eran directas. A veces llamaba a los príncipes a su corte para estar mejor informado, pero lo más frecuente era que enviase mensajeros, con mayores o menores atribuciones para que fuesen a imponerse y restablecer el orden en esas poblaciones, cuyos conflictos eran frecuentes, ya por cuestiones comerciales o derivadas de las rivalidades de los dinastas; ciertamente que éstas no inquietaban al rey, pues interesaba a su política mantener el equilibrio a favor de Egipto entre esas ciudades demasiado libres.

La administración egipcia en Asia era un verdadero régimen de Protectorado. El Faraón sólo vigilaba que hubiese paz y orden para la seguridad militar y económica de Siria y Egipto, pero no ejercía opresión alguna sobre los vencidos, respetaba sus costumbres, organizaciones y aun su religión. Este régimen benigno se conoció por primera vez en Oriente y era contrario al de los semitas, que acostumbraban la conquista brutal, con matanzas, destierros de pueblos enteros y destrucción de ciudades y campos.

Siria conoció un período de gran seguridad interior. Una palabra del Faraón obligaba a cualquier príncipe a comparecer a su presencia y el rey non cesitaba ir personalmente con su ejército para imponer su autoridad, le bastaba con enviar algún oficial adicto al mando de tropas que pacificaban inmediatamente la región. El comercio floreció como nunca. Antes los faraones enviaban caravanas en busca de los productos que deseaban, pero ahora todo Egipto parece vi-

vir una vida intensamente comercial.

Del Delta a las cataratas, era cruzado por caravanas que venían por el mar Rojo o por el istmo de Suez. Paralelo a este tráfico estaban las rutas comerciales del Mediterráneo, navegado por fenicios y cretenses que traían a Egipto los productos de la industria miceniana, en sus establecimientos del Egeo. A su vez los productos egipcios eran usados en los palacios de Cnosos, Rodas y Chipre.

En El-Amarna se han hallado fragmentos de cerámica cretense y chipriota, lo que prueba que Creta y el mundo micénico estuvieron en relación con Egipto.

En las tumbas de la dinastía XVIII hay decoraciones que muestran a los Keftiu, habitantes de las islas del Muy Verde, en la misma forma que los encontramos en Cnosos. En las islas de Rodas y Galisos, e incluso en Micenas los nombres de Amenofis III y Tú demuestran las relaciones con Egipto. Hay actualmente numerosos pequeños documentos arqueológicos que sobreviven, atestiguando las relaciones entre Egipto y Grecia en los siglos XV y XIV. Barcos de Byblos y Creta, como se sabe, eran requisados por los egipcios para transporte de las tropas y material; surcaban el Egeo y remontaban el Nilo hasta Tebas.

Al O., de Cilicia a Chipre, una faja costera e insular formaba el reino de Alasia, buscado por los faraones como aliado para el comercio marítimo. Chipre era el país del cobre. También las cartas señalan el envío de cobre chipriota al Egipto, de donde enviaban a su vez plata.

En una carta el rey de Alasia se queja de que una epidemia ha de-

solado su país, por lo que la cantidad enviada es mezquina. Prueba la intimidad de las relaciones, el hecho de que en la misma alude a un ciudadano chipriota muerto en Egipto y anuncia el envío de un mensajero para recoger la herencia de aquél, para la viuda y su hijo que permanecen en Alasia. En otra, el ministro de Alasia denuncia al Egipto ciertas negociaciones secretas del Gran Hetita con el rey de Babilonia y por su parte se declara fiel vasallo del Faraón y en consecuencia pide plata a cambio del cobre que envía.

En las tumbas de Tebas hay decoraciones que muestran a chipriotas portadores de lingotes de cobre, iguales a los hallados en Chipre.

Amenofis III y IV mantienen continuas relaciones con los reinos asiáticos. El-Amarna nos ha conservado cartas que se dirigen o vienen de los reyes de Babilonia, Asiria, Mitanni y del Gran Hetita.

Hay once cartas que dan cuenta de las relaciones con Babilonia (Karduniash), cuyos reyes eran de la dinastía Cassita, que se había impuesto al Sinear, pero sin comunicarle su poderío militar y político. Admiten sin protesta la soberanía egipcia sobre Canaán y Siria, que Hamurabi había conquistado anteriormente, y según una carta de Burnaburiash a Amenofis IV, se jactan de haber rehusado asociarse contra Faraón a los cananeos sublevados.

La alianza política es estrechada por lazos matrimoniales; Amenofis III casó con la hermana de Kadashman-Enlil, y más tarde, pidió a la hija del mismo rey; éste rehusó, porque jamás había sabido nada de su hermana y el Faraón hubo de insistir repetidas veces,

aunque al rey Cassita a su vez se le negaba la hija del rey de Egipto. Pero si no accedía a esa alianza, Faraón enviaba en cambio presentes de oro en abundancia, que eran insistentemente solicitados por los reyes Cassitas.

Generalmente los reyes semitas de Babilonia, Asiria y Canaán, eran hábiles comerciantes e industriales, que daban gran impulso al trabajo de los metales en sus reinos; de ahí que como el metal precioso escaseaba en ellos, se hacían expedir el oro de Egipto y reembolsaban al Faraón productos manufacturados de los activos talleres sirios y caldeos, consistentes en vasos, adornos, armas, etc. Pedían con insistencia el oro y no se daban a engañar por su calidad, como lo prueba una carta enviada al Faraón por Burnaburiash, en que se queja de la mala calidad del oro que ha recibido.

A menudo enviaban caravanas cargadas de presentes con la dote de las princesas Cassitas, pero aunque expedían pasaportes a los reyes de Canaán para que no se despojara a sus caravanas y mensajeros, éstos eran siempre presa de los merodeadores.

Aunque Burnaburiash protesta porque se atropella sus derechos para con su vasallo, el pueblo de Asiria, el Egipto tenía relaciones con éste y el rey de Asiria recibía también el oro egipcio, pero estas relaciones no son tan íntimas, eran sustentadas por el deseo de Egipto de mantener el equilibrio entre sus vecinos, manejando ambos pueblos a su antojo.

Mitanni ocupaba el centro de la fértil «Media Luna» y era también un centro diplomático de se-

ñalada importancia. Tutmés III luchó largo tiempo contra ellos, hasta que, finalmente, otras circunstancias impulsaron los dos pueblos a una alianza.

A mediados del siglo XV, una nueva y gran invasión de pueblos asiánicos se efectúa en la «Media Luna». Las cartas señalan la presencia en Siria de Lukki (Licios), Shakalashas, Shardanas y Dánaos, vanguardia de una emigración irresistible que se realizará en dos etapas, a principios del reinado de Ramsés II (hacia 1300), y en tiempos de Ramsés III (1200). De rechazo, los hetitas de Anatolia y Cilicia se corren hacia el sur y comienzan a presionar vigorosamente los flancos norte y occidental del Mitanni. Por el mismo tiempo el reino de Asiria se hace temible por el flanco oriental (1). Entre ellos, Mitanni vió diezmar sus fuerzas en tanto que sus rivales y vecinos se vigorizaban. Hacia 1445 Amenofis II invadió el Mitanni, cuyos grandes personajes le rindieron tributo. Cambia entonces la dinastía reinante por la del rey Shaushahatar, tal vez impuesta por el faraón. Su política se basó en una estrecha alianza con Egipto, reforzada por tratados, matrimonios y convenios comerciales, que duró hasta el fin de la dinastía XVIII y a la que debieron Mitanni y Egipto, uno su seguridad frente a hetitas y asirios y el otro la tranquilidad de su imperio.

Las cartas entre Dushratta, rey de Mitanni y Amenofis III y IV son las piezas principales de los archivos de Tell-El-Amarna. Ha pasado la época en que Tutmés III se jactaba de aplastar al «Miserable» como llamaban al rey de Mi-

tanni, ahora se busca la alianza del antiguo enemigo y se realiza una política de casamientos mitanis.

Tutmés IV escribió a Artatama, sucesor de Saushshatar, para pedirle su hija, que aquél no concedió sino después de repetidos mensajes. La princesa mitani ingresó al harem egipcio con el título de reina de Egipto y Gran esposa real, tomó el nombre egipcio de Mutemnia y fué madre de Amenofis III. Esto tendría una gran trascendencia y explicaría la estrecha unión de Mitanni y Egipto y la política de los Amenofis.

Mitanni gozó de estabilidad bajo sus reyes Saushshatar, Artalama y Shuttarna. Dushratta subió al trono después de una revuelta, en que su hermano fué asesinado por el partido anti-egipcio, y por un tiempo prevaleció la influencia de Hatti; pero Dushratta reanudó las antiguas relaciones con Amenofis III, quien aunque casado con Tü, contrajo matrimonio con Gilukhipa, hermana de Dushratta, que se le otorgó tras varias demandas y finalmente con Tadukhipa, su hija, las negociaciones de cuyo matrimonio fueron guiadas por Mani, el embajador real, portador de valiosos regalos del Faraón a su futura esposa, negociaciones que se relatan extensamente en las cartas. La princesa llegó a Egipto poco antes de morir Amenofis III y casó con su hijo y heredero.

Estos matrimonios dieron un carácter de estrecha amistad a la alianza egipcio-mitani. Pero por otra parte, Dushratta no descuidaba sus intereses y pedía a su hermano y yerno gran cantidad de oro que, según él, en Egipto era tan abundante como el polvo. En otra de sus cartas, pudo informar al Faraón que su dios Teshub ha-

(1) Moret.—*De los clanes a los imperios.*

bía puesto en sus manos los hetitas y por él, logrado rechazarlos.

La muerte de Amenófis III tuvo importantes consecuencias. La reina viuda Tü, hija de un príncipe sirio de Tahí, influyó poderosamente en las relaciones internacionales y fué quien solicitó de Dushratta la continuación de su antigua amistad con el nuevo monarca. Pero los resultados fueron escasamente satisfactorios, Ikhunaton no envió los regalos esperados, o por lo menos algunos muy inferiores. La posición de Mitanni se debilitó. Dushratta fué asesinado y el país se precipitó en una guerra civil; el rey de Hatti aprovechó esta ocasión para intervenir y casó su hija con el hermano de Dushratta a quien hizo reconocer como rey, así el aliado de Egipto se vió súbitamente bajo la influencia hetita.

El imperio hetita fué fundado por Khattushil I, hacia 1420, a expensas de Aleppo, Cilicia, Ishuwa y otros distritos en la cuenca del Halys. Su capital era Boghaz-Keui, «Ciudad real de Katti», donde recientemente se han encontrado archivos análogos a los del Amarna, pero mucho más numerosos, que revelan la política de los siglos XIV y XIII. El grupo dirigente de esos pueblos, que aun forman uno de los grandes problemas en el estudio del Cercano Oriente, se había convertido ahora en un poderoso imperio, con el que habían tenido contacto los egipcios bajo Tutmés III, quien llamaba al nuevo poder el Reino del Gran Kheta, con que tal vez lo distinguía de los pueblos hetitas menos importantes. Shubbiluliuma, hijo y sucesor de Khattushil procedió a consolidar este imperio, aun amenazando al

Mitanni, el cual ocupaba parte de Naharina y de hecho, había crecido a expensas de sus dos vecinos, Alshe y Asiria, los que aguardaban una ocasión favorable para sacar provecho de sus desgracias.

Shubbiluliuma, contemporáneo de los dos Amenófis, no apreciaba la aproximación de Egipto y Mitanni; sin embargo, hay dos cartas suyas a Ikhunaton, en que se alude a un tratado entre el hetita y Amenofis III. Aparentemente tenía sólo intenciones amistosas hacia Egipto en las primeras invasiones de hetitas avanzados que Dushratta rechazó, pero Ikhunaton debe haber creído, y con razón, que las viejas relaciones eran poco deseables, pues el imperio hetita se alzaba ahora en el N. de Siria como un gran poder y el más formidable enemigo que nunca había enfrentado Egipto. Su avance a través de las fronteras sirias del imperio, realizado aun en los tiempos de Amenofis III, había creado una seria situación. Invadieron Katna en el Orontes y otras localidades. En esto también tenían participación algunos dinastas traidores, que deseaban una invasión que luego les dejara definitivamente dueños del territorio. Impuesto de ello el Faraón, lejos de ir en persona a sofocar la rebelión, envió algunas tropas que sólo dieron un momentáneo alivio a los príncipes leales, continuamente amenazados por los dinastas turbulentos.

En Mitanni, como hemos visto, Shubbiluliuma encontró la resistencia de Dushratta; apeló entonces a la intriga y el rey fué asesinado. El hetita impuso un heredero a quien hizo su vasallo; la dinastía del Mitani se extinguió; Naharina, con Carchemish y Aleppo, fué ocupada por hetitas que descendieron hasta Kadesh.

De 1360 a 1260 aproximadamente, el centro político y diplomático oriental pasó al Hatti; allí se concentraron las intrigas y alianzas, y sus políticos mantenían el equilibrio entre los pueblos. El imperio egipcio, poderoso hacia 1400 no existía ya en 1300, al final del reinado de Ikhunaton. En el interior del país, la revolución religiosa de tendencia internacionalista, chocó con la fuerte oposición de la clase sacerdotal, sostenida por el sentimiento popular, que permaneció tradicionalista. Pero la reforma fué pasajera y vino la restauración del culto de Amón en Tebas, bajo los últimos reyes de la dinastía XVIII Tutankhamon, Ay y Horemheb (1362-1321). Esta reacción fué tanto nacional como religiosa, Ikhunaton y sus partidarios fueron considerados traidores y extranjeros. El país sufrió una conmoción violenta, y las revueltas interiores tuvieron como consecuencia inmediata, la ruina del poderío militar de los faraones en Siria.

Amenófis IV dejó destrozado a Dushratta por los hetitas y atacar a Byblos por Aziru, aliado con los jefes de Arvad y Sidón. A fines de su reinado, Egipto, agotado por sus querellas religiosas, ya no pudo reaccionar. Siria o Sotanu Superior era de los hetitas; Palestina o Sotanu Inferior estaba abandonada a los amorritas y Kabiri, a nómades probables antecesores de los hebreos.

Esta situación se confirma con los documentos hallados en Boghaz-Keui. El tratado concertado más tarde por Ramsés II, recuerda que existió un tratado regular entre Shubbiluliuma y un rey de Egipto. La frontera entre los dos países no se conoce, pero estando Kadesh en manos de los hetitas, puede dedu-

cirse que Siria no era ya provincia de Egipto.

A la ascensión de Ikhumaton, los dinastas que su padre había hecho someter, renovaron sus ataques contra los vasallos fieles. Mittanni quedó bajo la soberanía de Hatti, lo mismo que Amor, cuyo rey Aziru era antiguo vasallo de Egipto. Todos estos cambios, particularmente el nuevo poder de Hatti, afectaban a los príncipes y pequeños jefes sirios, cuyas cartas en los archivos de Amarna son numerosas.

La correspondencia de las provincias asiáticas se puede dividir en dos series: una que concierne al ataque amorita en Fenicia y asociada a Abd-Ashirta y sus hijos, principalmente Aziru, y la segunda al movimiento hacia el interior, extendiéndose aún más allá de Jerusalén y asociada a Aziru e Itakama.

Abd-Ashirta y Aziru lucharon contra el Khazani de Byblos, Rib-Addi, fiel a Egipto.

Los hetitas, como se sabe, habían invadido el N. de Siria y Palestina, en la región del Orontes, ayudados por Abd-Ashirta y Aziru, cuyo estado era el reino amorita en el alto Orontes, junto con Itakama, príncipe sirio que había entregado a Kadesh. Los príncipes leales que quisieron reconquistar esos territorios fueron rechazados por Itakama, a la cabeza de las tropas hetitas. Entretanto Aziru había avanzado hacia Fenicia y costas sirias del N. cuyas ciudades capturó. Simyra y Byblos se sostenían aun, la última con el fiel Rib-Addi, cuya numerosa correspondencia revela el peligro en que se encontraban y la situación general de Canaán. Pero el socorro pedido no vino en su ayuda y Simyra fué destruída.

La apatía de la corte sólo se explica por el hecho de que Aziru tenía en ella amigos que abogaban en su favor. El mismo escribió al Faraón, diciéndole traidoramente que no podría presentarse a dar cuenta de su actitud, porque los hetitas estaban en una localidad próxima y amenazaban la ciudad de Tunep; afortunadamente los notables de Tunep en otra carta ponían la verdad en conocimiento del Faraón. Cuando el Faraón le pidió que reconstruyera inmediatamente Simyra, destruída, según él, para evitar que cayese en poder de los hetitas, contestó que la defensa de otra plaza le tomaba todo su tiempo y que lo haría dentro de un año. Por su parte aseguró al rey que pagaría el mismo tributo que la ciudad, lo que tal vez tranquilizó a éste acerca del acatamiento que se le rendía y no apreció la verdad de los hechos. Se había llegado a un punto en que era imposible distinguir los dinastas leales de los traidores, y al efecto, las cartas del Amarna dan claras luces sobre esa época de intrigas y traiciones, al par que muestran el espíritu pacifista del rey.

Aziru pudo ir a la corte a justificarse y regresó de Egipto con los poderes de un gobernador de provincia. Se mantuvo independiente de Egipto, pero según los archivos de Boghaz-Keui, fué vasallo de Hatti.

Al sur, donde el movimiento de los Habiru puede ser comparado con el de los hetitas al norte, prevalecían condiciones similares. Los verdaderos amos eran los Habiru

y las ciudades palestinas de Maggeddo, Askalon y Jezez pedían inútilmente socorro al Faraón. En ambas, Siria y Palestina, las provincias del Faraón habían pasado gradualmente fuera del control egipcio y en el sur, un estado de completa anarquía hizo abandonar al partido egipcio todo intento de reconquista.

Entretanto el Faraón, dedicado por entero a la propagación de su nueva fe, no se preocupaba de los asuntos del Asia, que la substraían de sus dominios. En el mismo Egipto la situación no era mejor; a la animosidad del clero se agregaba el peligro del ejército inactivo, al que indignaba la pérdida de las provincias asiáticas, que sus antepasados habían conquistado por gloriosas campañas. El rey reformista murió sin haber completado su obra y su sucesor Tutankhamón, hubo de volver al antiguo culto, lo que indica el triunfo del partido religioso en el gobierno. Ikhutaton fué olvidada y execrada la memoria de sus reyes. Su reinado fué muy corto, así como el de Ay. Es esta una época de decadencia y de disturbios con que se cierra la dinastía XVIII, que por 250 años dominó en Egipto dándole un prestigio y esplendor que antes no había alcanzado.

Horemheb, el restaurador que sube al trono, no era de sangre real, ni tenía ningún lazo con la recién extinguida dinastía. Su ascensión marca la completa restauración del viejo orden y el comienzo de una nueva época.